

Lorena CÓRDOBA

Lorena Córdoba es doctora en antropología por la Universidad de Buenos Aires, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina), miembro del Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas (Bolivia) y Marie Curie fellow en la Universidad Ca’ Foscari de Venecia (Italia). Se especializa en temas de organización social, parentesco, relaciones de género, misiones religiosas, etnohistoria y extractivismo, realizando su trabajo de campo en grupos indígenas de la Amazonía boliviana y el Chaco argentino.



C^{ap} 8

UNA DAMA EUROPEA
EN LA AMAZONÍA BOLIVIANA



Lorena CÓRDOBA

Desde 1880 a 1920, la industria del caucho hizo que la cuenca amazónica —y, en particular, la selva boliviana— se abriera al comercio internacional; y, al mismo tiempo, que las tierras hasta entonces marginales de regiones como el Beni, Acre o Pando ganasen por primera vez una posición estratégica en el tablero republicano al propiciar un ingreso inusitado de capital. Esta explosión productiva impulsó una política sistemática de exploración del territorio hasta entonces ignorado, de apertura de nuevas vías de comunicación y de consolidación de las fronteras nacionales¹. El *boom* extractivo se tradujo a su vez en una pujante expansión demográfica, y la jungla amazónica comenzó a recibir oleadas cada vez mayores de migrantes de otras partes de Bolivia, pero también una masa cada vez mayor de inmigración internacional que llegaba encandilada con la fortuna casi instantánea que prometía el “oro” que manaba de los árboles de caucho².

Las fuentes históricas de este período trazan la imagen de un paisaje selvático y una industria gomera que aparecen representados a partir de una mirada que podríamos llamar hipermasculinizada. En efecto, poco o nada sabemos de las mujeres criollas, europeas o indígenas involucradas de una u otra forma en la maquinaria cauchera: desde las picadoras que extraían la materia prima en la selva profunda hasta la dama europea que dirigía la barraca u organizaba eventos sociales en los clubes del norte boliviano. En efecto, para la percepción canónica de la historia gomera la mujer es un actor secundario, menor, transparente, casi invisible, un personaje olvidado o en todo caso mencionado de forma apenas lateral, oblicua o indirecta.

La regla, sin embargo, es desafiada por algunas excepciones notables. Aquí presentaremos uno de esos casos, personificado en la singular historia de la británica Elisabeth Hessel; “Lizzie”, como firmaba sus misivas; o hasta “la reina del Orthon”, tal como ella misma se calificaba en sus momentos más eufóricos. Es difícil no subrayar la importancia de su relato amazónico como fuente histórica, ya que se trata de prácticamente del único testimonio que fija por escrito la experiencia femenina en una barraca cauchera de Bolivia y recoge observaciones sobre la vida cotidiana, la domesticidad, los problemas que debían enfrentar los caucheros, o las vicisitudes de una empresa que, después de todo, operaba en plena selva.



1- Para un análisis más detallado de la mecánica de esta industria extractiva, remitimos al lector a Fífer [1970], Roca [2001], Gamarra Téllez [2017], Córdoba [2015, 2019], o Guiteras & Córdoba [2021].

2- Con fines meramente expositivos, en este trabajo empleamos de modo indistinto los términos “caucho”, “goma” o “siringa” más allá de sus diferencias técnicas (es decir, por un lado, existe el “caucho” o *Castilla elastica* o *Castilla ulei* y, por el otro, la “goma” o *Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*).

Elizabeth Mathys nace en una familia burguesa de ascendencia suiza y, en 1892, a los veintidós años, se casa con Frederick Hessel, “Fred”, prometedor joven de ascendencia alemana que a su vez se había naturalizado británico. Fred entra en contacto en Londres con el magnate boliviano de la goma, Antonio Vaca Díez, quien le ofrece un contrato por tres años como gerente general de The Orthon Rubber Company, la empresa que tenía por entonces en Bolivia y con la cual comercializa la goma elástica.

Los Hessel zarpan hacia la Amazonía en 1896. El 15 de diciembre parten desde Londres a París y luego recorren Bordeaux, Lisboa, la isla de Madeira y el puerto brasileño de Belem do Pará. En febrero de 1897, para evitar la epidemia de malaria que aqueja al sureste de Brasil y el norte boliviano, viajan por el Amazonas hacia Iquitos en el vapor *Río Branco*. Allí se quedarán más de tres meses, esperando a Vaca Díez. En junio de ese año llegan a Mishagua, base de la empresa en Perú, y apenas desembarcan les comunican la muerte accidental del jefe, ahogado trágicamente junto al famoso cauchero Carlos Fitzcarrald en el vapor *Adolfito*. Lizzie evoca en sus cartas la zozobra del personal de la firma y la incertidumbre sobre la continuidad del contrato de Fred. Es sólo en marzo de 1898, luego de innumerables vicisitudes y un año y dos meses de viaje, cuando el matrimonio Hessel llega a su destino final en el río Orthon, sede central de la compañía.

En Bolivia, Lizzie mantiene la costumbre de escribir un diario —que se perdería luego de su muerte—, y también una o dos cartas por mes a su familia. El consecuente epistolario de 45 misivas que sus parientes reciben en Inglaterra fue conservado por Helen, su hermana menor, y luego de que ella muera en 1975, por una sobrina nieta, Ann Brown. Ann Brown resuelve publicar una selección de las cartas en un libro que firma en 1985 junto a Tony Morrison, escritor, zoólogo y director de cine de la BBC, y la amiga de la familia Anne Rose. La obra compila las cartas de Lizzie en un formato que podríamos llamar seminovelado, en el cual los editores van recomponiendo gradualmente el contexto de la industria cauchera, las aventuras de los viajes de la época y las costumbres regionales. Un año más tarde, en 1986, el mismo Morrison produce una película sobre Lizzie para la televisión británica, dirigida por Lavinia Warner, con la actriz Maria Aitkin como guionista y relatora. Con la voz de Aitkin en *off*, el film recrea una selección de pasajes de las cartas de Lizzie, mientras desfilan los paisajes exóticos de la Amazonía brasileña y boliviana.

Aquí, sin embargo, nos interesa más bien subrayar el valor documental del testimonio de Lizzie recapitulando los tópicos más

generales que recoge en sus cartas. En efecto, sus misivas nos permiten descubrir algunas viñetas significativas de la vida de una joven británica que se convierte en testigo excepcional de la época gomera: no sólo por ser una de las pocas mujeres que escribe en ese momento, sino también porque el relato es producido en el corazón mismo de la industria, la barraca en plena jungla amazónica.

En primer lugar, las cartas de Lizzie registran una apreciable cantidad de información sobre la vida cotidiana de los indígenas de las barracas, el trato que reciben, los castigos que les infligen, y su eventual captura como mano de obra. La primera mención al respecto es un episodio presenciado en la barraca del propio Vaca Diez, por entonces a cargo de su esposa Lastenia. Algunos indígenas que trabajaban picando goma para la firma son atacados por “salvajes”. Los trabajadores caucheros atrapan a dos de los atacantes (una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna), los llevan a la barraca y los matan a ambos. En otra escena, Lizzie observa cinco canoas que abastecen a la barraca y remontan los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, en las cuales capturan niños que luego son vendidos como esclavos:

Tres de los esclavos de esta casa escaparon hace poco, dos niñas y un niño, pero los cazaron y los trajeron de vuelta. Los encadenaron esa noche y al día siguiente los golpearon hasta que quedaron tan agotados que no lloraron más, con la señora Fitzcarrald mirando todo el tiempo. Es una bestia: estaba tan enferma que tuve que salir de la casa. Ahora los encadena todas las noches a su cama. Casi una vez por semana, ella misma golpea a todos sus sirvientes.” [Morrison *et al.*, 1985, p. 71-72]³

Se trata de una de las contadas ocasiones en las que Lizzie registra por escrito su malestar por el maltrato a los indígenas. De hecho, cuando llega a su propia barraca en Bolivia y tiene ya a “sus” propios indígenas, el tono del relato cambia sensiblemente:

“Tomo mis comidas en la otra casa y salgo a dar largos paseos por el bosque con la señora Arnold, siempre con dos indígenas que llevan algo de beber, y tengo dos chicas indígenas para dormir en mi habitación. Fred va a intentar comprarme una niña salvaje: son sirvientas espléndidas y aquí es costumbre llevar una siempre contigo, aunque sólo vayas andando a la casa



3- Todas las traducciones del inglés son nuestras.

de al lado. Al principio dan muchos problemas, pero por regla general aprenden rápido y son muy fieles. Por una niña de diez o doce años tendré que pagar 10 libras; los niños cuestan más.” [*ibid*, p. 110]

Pasado un año y medio en la barraca, Lizzie se refiere a Fred y a ella como “el rey y la reina del Orthon”⁴, y no sin orgullo observa que cuentan con 500 bolivianos empleados y otros 500 indígenas a disposición. La mirada se vuelve entonces todavía más paternalista y, coincidentemente con muchos escritos de la época, describe a los indígenas en la misma sintonía: “Son como niños y tengo que escuchar sus pequeños problemas” [*ibid*, p. 135]⁵. Y, cuando habla de los indígenas que se fugan, confiesa que los caucheros les dan cien latigazos porque es el único castigo que temen: “Si eres amable con ellos, toman ventaja y te roban cualquier cosa” [*ibid*, p. 136].

Hay que decir, por otra parte, que las de Lizzie no son observaciones aisladas. Muchas de las crónicas y los relatos de viaje de la época reportan el mismo maltrato hacia los indígenas en las barracas, con abundancia de uso del látigo o de la *guasca* (cuerda de cuero) tan utilizada en el Beni. Sólo a modo de ejemplo, recordemos lo que observa Luigi Balzan en Reyes:

“El hombre es valorado como una máquina y más se aprecia cuanto más joven es, porque se calcula que tiene menor posibilidad de morir. Un hombre gana 10 a 15 pesos máximo al mes (unos 25 a 37 francos al mes); además del mantenimiento, se le proporciona mensualmente 100 o más francos en mercaderías, por lo que las cuentas aumentan y aumentan. Por un lado, el mozo se convierte en un esclavo, pero por el otro el patrón está expuesto a perder su dinero por la muerte del mozo o por su fuga, situación frecuente. Si se lo captura, es el látigo el que actúa en las partes rollizas del trasero y la ración no es inferior a 100 a 200 golpes, y se llega a menudo a 300.” [Balzan, 2008(1885-1893), p. 193]

El mismo Balzan se sorprende cuando en Reyes casi no encuentra indígenas libres:



4- En efecto, las misivas enviadas desde la barraca en el río Orthon son firmadas como “Queen of Orthon (Bolivia) Rubber” y, en una de sus últimas cartas, escribe de hecho “somos ahora rey y reina del Orthon” debido a su notoria cantidad de empleados y dependientes [Morrison *et al.*, 1985, p. 135].

5- Para comparar el tono paternalista citamos unas líneas de Ernst Leutenegger [2015(1940), p. 293], cauchero suizo que fue yerno de Nicolás Suárez y empleado suyo en Cachuela Esperanza: “Yo explicaba, ordenaba, castigaba, advertía, instruía, pero cada caso tenía que ser tratado en particular. El indígena sólo hacía lo que se le ordenaba en ese momento. Sin la menor iniciativa y espíritu emprendedor, y sin una pizca de voluntad propia, estos nativos del Geneshuaya eran como pequeños niños despreocupados, y a veces maleducados”.



FUENTE:
Fondo Dana Merrill,
Biblioteca Nacional Digital
de Brasil

Figura 1. Dana Merrill e indígenas caripunas, circa 1907-1912

“Todos tienen un patrón y puede decirse que son esclavos a causa de las grandes sumas que deben. Aumentar estas deudas es cosa bastante fácil; por un lado, los miserables salarios, por otra la manía del indio de querer todo aquello que ve sin preguntarse por el precio porque poco entiende de ello, lo llevan a acumular deudas de varios centenares de pesos que no terminará de pagar en toda su vida.” [*ibid*, p. 175]

El segundo punto a recalcar en el relato de Lizzie es su descripción de la maquinaria extractiva. La barraca, de hecho, no es un mero centro de extracción de goma, sino que muchas de ellas conforman pequeños pueblos con sus propias oficinas, depósitos, puertos, talleres, almacenes y hasta a veces hospitales. Las jornadas que describe en las barracas transcurren entre los viajes de Fred a los campamentos periféricos, para supervisar las cantidades de goma recolectadas, y sus propias actividades mientras rige la rutina doméstica: se levanta, toma su taza de té, organiza las comidas, juega a las cartas y, si tienen invitados o visitas, organiza algún encuentro social:

“Ayer bautizamos una lancha nueva. Todos nos fuimos a navegar y teníamos champagne, etc., y en la tarde tuvimos un baile en una de las habitaciones más grandes de nuestra casa: como orquesta teníamos un acordeón y una flauta, pero lamento decir que solamente éramos cuatro damas (pobres damas). Tuvimos que danzar cada baile con tres o cuatro caballeros: había cuarenta caballeros.” [Morrison *et al.*, 1985, p. 97]

Lizzie refiere que, en el segundo piso, en el cual el balcón cubre toda la planta de la casa, hay seis habitaciones, de las cuales dos están reservadas para los Hessel, y el resto son oficinas para los empleados, los negocios y los almacenes. Las jornadas barraqueras transcurren con la esposa del gerente, el señor Arnold, con quien pasea, conversa y hasta trata de aprender el castellano. En algún momento deja traslucir que hay también algunas otras mujeres con las que socializa: la esposa del cocinero francés o la esposa de un capitán. Pero son trabajadoras y no están casadas “legalmente”, así que Lizzie no ve con buenos ojos confraternizar con ellas:

“Dos nuevas damas han llegado últimamente, pero, como es común en estas partes, no están casadas y sus así llamados “maridos” son empleados de la firma. Una de ellas no es mala pero no puedo ser “amiga” de ellas, o la gente aquí podría comenzar a hablar. En estas pequeñas aldeas hay muy poca gente que está realmente casada: quizá un cura pase una vez en un año y tiene demasiado trabajo que hacer: no se trata de estar bautizando, casando gente y festejando todo el tiempo.” [*ibid*, p. 119]

Estas líneas son importantes porque constituyen una de las escasísimas noticias referidas por un testigo femenino acerca de las concubinas o “esposas del monte” (*bush wives*) que vivían en las barracas gomeras. Al igual que las mujeres de origen europeo que ejercían la prostitución en Manaos o Belem do Pará, poco se sabe de sus historias de vida. Son, en todo caso, noticias aisladas sobre ese tipo de uniones caracterizadas como “morganáticas”; es decir, en las cuales la mujer tenía una posición social inferior a la del hombre.

Más allá de la rutina doméstica, las descripciones de Lizzie no dejan de lado la peculiar forma de hacer negocios en una región en la cual se sabe que no existe más ley que la palabra del empresario, que siempre prima por sobre la presencia fantasmal del Estado, y donde —tal como reportan muchos viajeros del período— rige “la ley del calibre 44”. Así, Lizzie relata sin rubores la forma dudosa en que

**FUENTE:**

Fondo Dana Merrill,
Biblioteca Nacional Digital
de Brasil

Figura 2. Casa, circa 1907-1912

Vaca Diez consigue hacerse de una gran plantación de goma: el dueño había llegado al Orthon para hacer negocios, fue emborrachado por el cauchero y luego encarcelado por dos semanas hasta que accedió a firmar los papeles de venta de su propiedad. Por su parte, la empresa competidora, que quería esas mismas tierras, envió una partida a la zona para tomarlas por la fuerza, lo cual terminó provocando un enfrentamiento armado entre ambas compañías. Lo mismo se repite en otros testimonios de la época, y un observador como Balzan no teme afirmar que la ley es inexistente en el Beni:

“El derecho es el del más fuerte, y cuando sucede alguna cosa por ocupación de un gomal u otro, no es raro que los litigantes quieran resolverlo a balas, o sea a golpe del Winchester que es el arma preferida en el río.” [Balzan, 2008(1885-1893), p. 204]

Un tercer dato interesante en el relato de Lizzie es la percepción del problema logístico y productivo que supone la obtención de la mano de obra nacional e internacional requerida por la operación de la industria gomera. En la misma nave en que los Hessel llegaban de Europa, de hecho, Vaca Diez había embarcado a 500 inmigrantes españoles para trabajar en sus barracas bolivianas. Cuando arriban a

Belém do Pará, Vaca Diez se topa con algunos problemas aduaneros, y todos los viajeros deben transcurrir seis semanas en la ciudad antes de continuar hacia Bolivia. Para Lizzie la postergación no supone mayores inconvenientes, ya que se encuentra cómodamente alojada en el hotel local: el único problema que consigna es que allí pierde a su perro, que trajo desde Inglaterra, cuando alguien deja abierta por accidente la puerta del alojamiento. Pero entre demoras, hoteles y gastos extras, calcula que, al momento de llegar al Orthon, la firma ha perdido unas 60.000 libras esterlinas. Además, a lo largo del itinerario surgen innumerables problemas con los inmigrantes, que Lizzie muchas veces refiere en detalle. De los 500 españoles, Vaca Diez selecciona 400, pero luego, al continuar viaje hacia Iquitos, sigue perdiendo trabajadores. Dos mueren al comer fruta inmadura que les da fiebre: “Estos españoles son unos imprudentes y nos sorprende que no hayan enfermado más” [Morrison *et al.*, 1985, p. 41]. Según Lizzie el viaje prosigue luego sin grandes problemas, por más que los españoles “siempre nos amenazan con disparar a los seis que cenábamos en la mesa especial” (ídem), ya que consideraban que no los alimentan bien y, por lo tanto, todas las noches los británicos debían cenar con dos centinelas armados (aunque “no pasaba nada: hacen mucho ruido, pero son unos cobardes”; ídem).

Para marzo de 1897, cuatro meses después de partir de Inglaterra, tres cuartas partes de los migrantes españoles han desertado y la firma intenta reemplazarlos capturando indígenas río arriba: de los 400 trabajadores escogidos, entre los cuales cuentan con 60 mujeres y niños, finalmente sólo llega al Orthon un centenar. La saga de los trabajadores españoles que van desapareciendo paulatinamente coincide con lo que reportan otras fuentes de período. El talón de Aquiles de la industria gomera boliviana es, justamente, la escasez de mano de obra, imprescindible para satisfacer la demanda internacional que exige una producción cada vez más exorbitante [Córdoba, 2019; Guiteras & Córdoba, 2021]. Para desesperación de los empresarios, el problema tiene dos vértices: por un lado, necesitan conseguir muchos trabajadores, pero al mismo tiempo no basta con eso, sino que es preciso que la mano de obra (sea criolla, indígena o europea) cumpla (y viva el tiempo suficiente para hacerlo) con el tiempo establecido en el contrato⁶.

Es por esa carencia de mano de obra, seguramente, que la industria gomera apela a una migración nacional, cooptada en Santa Cruz de la Sierra, Sucre o La Paz, y a la vez atrae la llegada de inmigrantes interna-



6- Varios escritos de la época reflejan esta problemática situación: ver, por ejemplo, Arnous de Rivière [1900, p. 433] o Melby [1942, p. 454]. Balzan [2008(1885-1893), p. 193] también reporta la cantidad de enfermedades que asolan las barracas entre las que destaca las oftalmías purulentas, la disentería y las llagas. La más grave es la disentería, que puede prolongarse durante meses y provocar la muerte del trabajador.

cionales reclutados en España, Francia, Suiza, Alemania e Inglaterra, como el joven Hessel [Córdoba, 2015, p. 22]. Sin embargo, el problema insoluble para los patrones gomeros es la deserción sistemática de los trabajadores entre el momento del “enganche” del personal y la llegada efectiva a la barraca; y todo eso por no hablar de las inclemencias del clima, del aislamiento, de la mala alimentación y de las enfermedades tropicales que azotan la selva diezmando a la mano de obra. Es en ese contexto tan singular, entonces, cuando Lizzie reporta las formas de captación indígena para el servicio doméstico, la captura generalizada de nativos para vender a otros caucheros, o el hecho de que en su propia firma “tenemos unos niños pequeños salvajes en la lancha que han sido capturados unos días atrás. Los tomamos para venderlos en otra aldea” [Morrison *et al.*, 1985, p. 90].

Con sus descripciones, a veces más empáticas y otras veces frías, desapegadas y casi insensibles, los informes epistolares de Lizzie Hessel nos permiten reconstruir el cuadro descarnado, no exento de tensiones, tanto de la realidad cotidiana en los centros gomeros como de la complementaria reproducción periférica del circuito extractivo: las barracas, los comercios, las oficinas, las plantaciones, la esfera social y doméstica. No hay duda de que su mirada pone sobre el tapete los sesgos y prejuicios implícitos en la retórica del orden y el progreso, la moral paternalista, el sexismo, el racismo y hasta la violencia propia de un extractivismo rapaz. Quizá, en este sentido, sea ilustrativo el desencanto final de la propia Lizzie cuando confiesa que no entiende las razones por las cuales los trabajadores criollos, migrantes e indígenas huyen a la selva y rehúsan el espejismo de “civilización” que ofrece la aventura gomera, o bien la desesperación de la pequeña niña nativa que come su propia ropa por las noches, acaso una variante de la geofagia que reiteradamente reportan las fuentes entre los trabajadores criollos e indígenas⁷. Con el mismo desapego con que nos informa que mueren sus mascotas (monos, papagayos, perros), de hecho, Lizzie reporta la muerte de la niña que no podía dejar de devorar su propia camisa.

Pero lo que Lizzie tampoco sabe es que su propio turno no está tan lejos. Poco antes de la Navidad de 1899, luego de dos días de fiebre, fallece a su vez en la barraca. Según lamenta Fred Hessel, la culpable es la epidemia de fiebre amarilla. Lo cierto es que la tumba de “la reina del Orthon” es gradualmente tragada por la vegetación del Amazonas, mientras desaparece al mismo tiempo cualquier vestigio de aquella existencia de lujo en la barraca central de la compañía. Así, en 1903, el doctor Elías Sagárnaga, quien



Figura 3. Trabajadores, circa 1907-1912

FUENTE:

Fondo Dana Merrill,
Biblioteca Nacional Digital
de Brasil

fuera convocado por el presidente José Manuel Pando para ejercer el cargo de jefe de ambulancias en la guerra del Acre (1899-1903), escribe en sus memorias:

“Bajamos el Beni, llegando a las 4.40 al barracón Orthon, reliquia de antiguas grandezas, obra de las concepciones fantásticas del señor Vaca Díez, que tan tristemente falleció ahogado en uno de los afluentes del Purús, en el Ucayali, al poco tiempo de haber vuelto de Europa, conduciendo aquella remesa de inmigrantes españoles que labraron su ruina. Hoy no quedan sino los despojos de esos tiempos, en que se manejaban las libras por montones y todo en poder del señor Suárez, encargado de la liquidación de la compañía Orthon, en su calidad de principal acreedor. El barracón Orthon es la más soberbia casa que existe en el Beni y que podría lucirse en cualquier capital. El tiempo va encargándose de la destrucción de esa gran obra.” [Sagárnaga, 1909, p. 63]

Apenas cuatro años luego de la muerte de Lizzie la barraca está en evidente declive y, por más que persista el *boom* de la goma



7- Ver, por ejemplo, los testimonios de los caucheros Franz Ritz y Ernst Leutenegger en Córdoba [2015].

elástica, la empresa del fallecido Vaca Diez se encuentra en plena decadencia, abandonadas sus instalaciones y sus activos liquidados para pagar las deudas contraídas. Nicolás Suárez se asienta como el gran magnate boliviano de la goma y su empresa crece fabulosamente al ritmo de la demanda internacional, hasta absorber la firma de su fallecido primo.

En los resquicios domésticos de ese paisaje singular, las misivas enviadas por Lizzie a su familia durante tres años constituyen un archivo excepcional que nos permite conocer de primera mano la experiencia de la vida cauchera en la selva amazónica. Sin buscarlo expresamente, la dama británica que llegó a ser “reina del Orthon” echa luz sobre su propia vida y, a la vez, sobre el contexto interétnico, social, político y geográfico en el que transcurre sus últimos años. Más allá de su mirada por momentos fría, desapegada, distante, debida en parte a la época, en parte tal vez a la famosa flema británica, y en parte —por qué no— a la personalidad de la propia Lizzie, las impresiones que deja en sus cartas siguen ofreciéndonos uno de los pocos testimonios femeninos de un período crucial para la historia amazónica: un relato que, a pesar de sus sesgos, de sus silencios, de sus prejuicios, nos permite iniciar la necesaria tarea de recalibrar la leyenda extractiva cuestionando su lectura hipermasculinizada y comenzar a dar voz a todas aquellas mujeres que, en esos mismos momentos, protagonizaban los avatares —a veces heroicos y a veces macabros— de la gran aventura gomera.

Bibliografía

ARNOUS DE RIVIÈRE Henri, 1900. “Explorations in the Rubber Districts of Bolivia”, *Journal of the American Geographical Society of New York*, vol. 32, n.º 5, p. 432-440. DOI: [10.2307/197183](https://doi.org/10.2307/197183)

BALZAN Luigi, 2008[1885-1893]. *A carretón y canoa: la obra del naturalista Luigi Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893). Edición, estudio, notas y traducción del italiano de Clara López Beltrán*, La Paz, IFEA/IRD/Embajada de Italia/Plural.

CÓRDOBA Lorena (ed.), 2015. *Dos suizos en la selva: historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Santa Cruz de la Sierra, Solidar/Suiza/CIHA.

CÓRDOBA Lorena, 2019. “White Blood, Black Gold: The Commodification of Wild Rubber in the Bolivian Amazon, 1870-1920”, *Environmental History*, n.º 24, p. 695-702.

FIFER J. Valerie, 1970. “The Empire Builders: A History of the Bolivian Rubber Boom and the Rise of the House of Suarez”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 2, n.º 2, p. 113-146.

GAMARRA TÉLLEZ María del Pilar, 2017. *Amazonía norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940). Bases económicas de un poder regional*. La Casa Suárez, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

GUITERAS MOMBIOLA Anna & CÓRDOBA Lorena, 2021. “Sin indios no hay industria del caucho: los indígenas amazónicos frente a la colonización gomera”, en Lupe Cajías & Iván Velásquez-Castellanos (eds.), *Un amor desenfrenado por la libertad: antología de la historia política de Bolivia (1825-2020)*, La Paz, Konrad-Adenauer-Stiftung/Plural, p. 471-514.

LEUTENEGGER Ernst, 2015 [1940]. “Gente en la selva: vivencias de un suizo en Bolivia”, en Lorena Córdoba (ed.), *Dos suizos en la selva: historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Santa Cruz de la Sierra, Solidar/Suiza/CIHA, p. 169-374.

MELBY John, 1942. “Rubber River: An Account of the Rise and Collapse of the Amazon Boom”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 22, n.º 3, p. 452-469. DOI: [10.1215/00182168-22.3.452](https://doi.org/10.1215/00182168-22.3.452)

MORRISON Tony, BROWN Ann & ROSE Anne, 1985. *Lizzie: A Victorian Lady's Amazon Adventure*, Londres, BBC Publications.

ROCA José Luis, 2001. *Economía y sociedad en el Oriente boliviano, siglos XVI-XX*, Santa Cruz de la Sierra, COTAS.

SAGÁRNAGA Elías, 1909. *Recuerdos de la campaña del Acre de 1903: mis notas de viaje*, La Paz, Talleres Gráficos La Prensa.

